

De académicas, pandemia, encierro y bitácoras: experiencias de algunas universitarias en el contexto del COVID-19

About Academics, Pandemic, Confinement, and Work Logs: Experiences of Some University Students in the Context of COVID-19

DOI 10.15517/rr.v99i2.42271

Claudia Palma Campos¹

¹Escuela de Antropología, Universidad de Costa Rica, Costa Rica, claudia.palma@ucr.ac.cr

Fecha de recepción: 9 de junio del 2020 Fecha de publicación: 11 de junio del 2020

Resumen

Históricamente las mujeres han llevado sobre sus hombros el peso de los cuidados, esto ha implicado una sobrecarga de las tareas del hogar y la falta de división equitativa de las mismas se ha acrecentado por la pandemia del COVID-19. En el contexto universitario la capacidad de la investigación para visibilizar y analizar todos los problemas sociales, no se revierte, necesariamente, para analizar los contextos de sus trabajadoras, dejando en segundo plano el poder conocer las condiciones de vida propias de quienes pertenecen a esta casa de “privilegios sociales”. ¿Qué pueden decir algunas mujeres universitarias sobre esta experiencia de confinamiento y sobrecarga familiar y laboral?

Palabras clave: Mujeres universitarias, División de tareas, Feminismo, Académicas, COVID-19, Uso del tiempo.

Abstract

Historically, women have carried the burden on their shoulders of looking after their families, this has implicated an overload of household chores and their lack of equitable division has increased by the COVID-19 pandemic. In the university context, the research to make visible and analyze all social problems is not necessarily reversed to analyze the contexts of its female workers, ignoring the living conditions of those who belong to this entity of "social privileges". What can some university women say about this experience of confinement and family and work overload?

Keywords: University women, Division of tasks, Feminism, Academics, COVID-19, Use of time.

A las dos semanas de haber empezado esta crisis sanitaria alrededor del COVID-19, y las autoridades en salud y del gobierno mandaron a “todo el mundo para la casa”, una amiga en Facebook preguntaba ¿Cuántos libros han puesto al día y cuáles series de Netflix han comenzado a ver? Parecía que la cuarentena obligatoria en la que podíamos estar algunas familias, aquellas que por nuestro trabajo sí podíamos hacer cuarentana, se traducían en la posibilidad de sentarse, reflexionar, ver televisión, leer y en general, ver cómo puñeteras se gastaba el tiempo.

Delante de la pregunta de mi amiga en Facebook salió un poco de todo, desde las ideas maravillosas de cosas por hacer y pendientes a terminar para quienes, con suerte, envidiada. La cuarentena sólo significó no salir, hasta quienes dejando aflorar el pánico colectivo, empezaron a ver rendida su energía y capacidad de trabajo. Esas experiencias me llamaron mucho la atención, asemejándose a la mía propia, en donde el trabajo se había quintuplicado y nada de aquello divertido, series, libros y rompecabezas, había sucedido. Especialmente empecé a notar en las redes sociales los malestares de la pandemia en un grupo a mi alrededor: otras mujeres, docentes universitarias o administrativas de las que se asume una condición de privilegio por tener un trabajo asalariado del sector público, aunque no siempre bien pagado como el país imagina y, con una cantidad de tareas a resolver cotidianamente que ahora deben hacerse compatibles con la responsabilidad personal y moral, de trabajar para la Universidad.

Y es que el encierro al que nos ha destinado esta pandemia ha puesto aún más en evidencia aquello que las feministas hemos tratado de poner en el tapete desde hace años sobre la violencia estructural, además del incremento en las agresiones a muchas mujeres en sus propios hogares: la desigual distribución de las tareas y las extenuantes jornadas sin pago, ni monetario, ni simbólico, ni de agradecimiento. A esto hay que agregarle el perfil de productividad y creatividad que se le exige a las mujeres trabajadoras que tendrían que obviar las dinámicas sociales en las que están insertas, que se demandan a sí mismas subestimarlas y resolverlas, a como de lugar, con tal de darse a respetar en la familia y en el trabajo. Es decir, una mujer trabajadora es buena si y sólo ha podido demostrar que no sólo ha superado la violencia estructural, que le pudo haber hecho sancadillas para salir adelante, sino por sortear exitosamente su propia dinámica familiar que la llena de tareas y culpas, para demostrar-se que sí puede con todo. Estas mujeres también están en la Universidad.

Acá interesa rescatar dos puntos, uno es reconocer la forma en que muchas mujeres de la universidad están viviendo el encierro por la sobrecarga histórica de las tareas del hogar y el poco valor que se le han asignado. Según la Organización Internacional del Trabajo el

76,2% de todas las horas del trabajo de cuidado no remunerado lo realizan las mujeres (OIT 2018). En el continente americano, las mujeres dedican 3,2 veces más tiempo que los hombres a las tareas del hogar (Mora 2020). Esto tiene que ver con labores de cuidado, de maternazgo, con tareas domésticas que van desde lavar la ropa, ir al supermercado, cocinar, cuidar a las mascotas y una lista interminable. Todo aquello que hemos llamado trabajo no pago o mal pagado cuando es remunerado. El segundo es que la claridad con la que la Universidad puede resolver y visibilizar los problemas sociales no se refleja en la visibilización de los obstáculos que sus propias universitarias pueden afrontar en una situación como esta, que resultan, similares a las del resto de trabajadoras del país. Curioso es que en este punto del trabajo no reconocido, los esfuerzos que ha hecho la Universidad por el social y comunal, son leídos como ha sucedido históricamente con el trabajo doméstico no remunerado de las mujeres: sin valor.

En el mandato del bien social y comunal, la Universidad se ha dado cuenta de todo lo que esta crisis ha afectado allende el campus: todo lo de afuera, lo que tiene que ver con otras personas, otras mujeres. Estas condiciones se han visibilizado con más claridad que las de quienes están adentro de nuestras puertas, porque nuestro objeto de investigación, de trabajo y reflexión, independientemente del área a la que pertenezcamos en la Universidad está, por excelencia, en “el afuera”, en la comunidad y la sociedad¹. Pero ¿es válido reflexionar sobre esto cuando se supone que el privilegio y la objetividad que prima en la academia tendrían que estar por encima de lo que las personas sienten en su vida privada y la forma en cómo lo resuelven? El deber es seguir manteniendo la calidad y disciplina, aún en el confinamiento.

En este contexto me pareció oportuno preguntarles a algunas mujeres, de manera “informal”, cercanas en la académica y el ámbito de las Universidades, por sus experiencias cotidianas en esta situación de encierro, la forma en cómo les ha afectado y cómo salen adelante con algunas tareas de la cotidianidad. Son mujeres de diferentes áreas, no sólo docentes e investigadoras, sino también de otras que permiten que la Universidad siga funcionando; la mayoría con hijos o hijas pequeñas que coincide con cierta estabilidad laboral a la vez con una expectativa de producción académica en sus áreas; algunas

¹ Nuestros blogs y redes sociales los hemos llenado sobre lo que viven las personas que ya ni en la informalidad están, de las crisis económicas de otros países, de todas las personas despedidas y las rentas que no quisieron bajar, de las trabajadoras domésticas a las que no les quisieron pagar más, de las jóvenes con trabajos temporales en sustitución, de la crisis del sector turismo y de la brecha digital...pero la de los estudiantes, no la de los profesores y investigadoras.

conviviendo con sus parejas, pero con una extensión de los cuidados que sobrepasa el límite de sus hogares, velando por el bienestar de madres, padres, hermanas y tíos.

La primera impresión que comparten es que no pueden explicar el cansancio acumulado del día. De alguna manera habían creído que al aminorar los traslados y no estar insertas en una parte de la dinámica cotidiana de la U que las solía distraer: llamadas y emergentes a resolver, ese tiempo se revertiría en más producción. Eso sí lo lograban antes, aquellos días que podían permanecer en la casa preparando clases o adelantando tareas de investigación, pero manteniendo una separación de los espacios; pero ahora, esta productividad se ve mermada porque todo pasa en un solo lugar: la casa. Ya no invierten tanto tiempo de traslado para ir a la oficina, pero la oficina ya no tiene las paredes contenidas en el campus, el laboratorio o el teatro. La oficina ya no tiene los horarios de entrada y salida, por lo que se ha convertido en un espacio circular, es un tiempo circular. No hay horarios: «poco a poco me di cuenta de que no había separación en las rutinas que llevábamos a cabo, en los tiempos que dedicábamos a la familia, al estudio, al trabajo estaban todos revueltos».

El espacio público del trabajo y la producción académica ha irrumpido, ya no sólo simbólicamente, sino físicamente en el privado, y se han desdibujado los límites entre demandas pagadas y aquellas, aún sin mayor retribución que el “amor”. Una de ellas dijo «me ha costado mucho aceptar que mi espacio de descanso sea ahora mi espacio de trabajo». Mencionaba también que su casa había sido siempre el lugar al que se llega después de trabajar, teniendo la sana práctica de no llevarse tareas fuera de horas de oficina. Esto coincide con lo que un estudiante manifestaba en clase al decir que la computadora se había convertido en el lugar por el que pasa todo, el disfrute, el trabajo, las películas, las reuniones. Todo quedó aplanado en una pantalla de 15 pulgadas.

Para que exista la posibilidad de que una pareja con hijos esté trabajando afuera del hogar, ese cuidado de los niños y las niñas debe tercerizarse. Esto puede pasar a través del mismo sistema educativo, ya sea público o privado, de actividades extra-escolares o bien porque alguien de la familia, tradicionalmente otras mujeres, cuida a los chiquillos mientras llegan su mamá y papá a la casa. Cuando los hogares son monoparentales y/o jefeados por mujeres, la opresión y tensión es mayor. De estas mujeres también hay en la Universidad. Entonces, por una parte, está la corresponsabilidad familiar en las tareas de hogar, que se recargan mayoritariamente en las mujeres, pero por otro lado está seguir trabajando, viviendo

solas con los hijos, haciéndose cargo de ellas y, además, dar la talla en el trabajo de forma cotidiana, bitácora incluida².

¿Cómo se sale adelante con todo? Es que no se sale adelante, todo lo contrario, aquellas que compartieron algo de su experiencia manifiestan una culpa inconmesurable al tener que decir «no acabo nunca y por más que me esfuerce el día no alcanza». Antes el tiempo alcanzaba relativamente en la oficina, pero estaba ahí, en la oficina. Y a pesar de que pensarán en todas las cosas que tenían que resolver en sus casas al llegar por la noche y los preparativos para la jornada del día siguiente: meriendas, tareas, supermercado, feria y demás, esto pasaba en un lapso que otras personas usan para el descanso cuando llegan al hogar. Ahora esta dinámica pasa durante todo el día y la angustia sobreviene. Estas mujeres se han convertido en maestras, psicólogas, enfermeras y teletrabajadoras.

Y en este proceso algunas actividades laborales van perdiendo el disfrute. Ya no sólo el tema de darse cuenta de la importancia de compartir con colegas las tareas de investigación que, a pesar del Zoom, este no posibilita la misma discusión sobre un tema, o la misma pasión. O bien darse cuenta de que no se tiene el mismo grado de reflexión que cuando se reunían de forma presencial. Con la docencia pareciera que por más esfuerzos que se hagan, es una montaña rusa entre la frustración y pequeños éxitos, como cuando algunos estudiantes reconocen el esfuerzo o bien manifiestan comprender las clases y no pasarla tan mal; pero, al haber hecho la Universidad un esfuerzo tan grande por mantener al estudiantado en el ciclo lectivo a pesar de la virtualización, *la docencia lo absorbe todo*. Una colega lo explica diciendo que esa situación le provoca un vacío, pues además «consume el tiempo que antes se destinaba a la vida o de investigación, mis propias cosas, el tiempo para mí o mi proyecto político». Otra lo explica así: «tengo la sensación de estar viviendo como si mi vida estuviera en pausa. Estoy sin tomar decisiones mayormente importantes, con excepción de las del trabajo».

Las jornadas se han hecho más largas, con o sin hijos, solas o acompañadas y teniendo más focos de trabajo abiertos, como manifiesta una académica de artes: «Antes no habría imaginado comunicarme con estudiantes a través del teléfono, esto diluye la frontera entre el

² En el contexto de la pandemia, la Universidad de Costa Rica implementó dos obligaciones para el teletrabajo: un adendum al contrato y una serie de bitácoras que consignan el trabajo realizado. Las bitácoras se entregan cada 15 días y para muchas personas ha significado una carga extra a las tareas cotidianas. Una colega comenta: «Yo de la bitácora me acuerdo cuando alguien menciona la fecha de entrega». Esta es una respuesta adelantada a los posibles cuestionamientos de detractores de la Universidad que tratan de hacer creer que el trabajo de la Universidad es innecesario y se puede prescindir del él.

ocio y el trabajo y, además, igual voy siempre atrasada». Otra colega también del área de artes manifiesta el peso de tres elementos que la han agotado emocionalmente: primero el saber que se pertenece a un área no valorada como son las artes; segundo, trabajar para una institución que siempre va a ser cuestionada a pesar de los esfuerzos y, tercero, el hecho de *irse para la casa*, donde, como por arte de magia todo el trabajo pierde su valor. Ella, sabiendo lo mal que lo han pasado muchos otros artistas que trabajan *en la calle*, se sobreexige y no ve las propias condiciones de sus posibilidades de producción artística y académica. En su experiencia hay una sobredemanda por parte de la Universidad en donde hay que garantizarlo todo: «Es absurdo que, aparte de que tengamos que estar trabajando, estar en la computadora, mandando Whatsapp, atendiendo el teléfono (que ahora pago yo) atendiendo la casa, se supone que debo escribir y garantizar todo lo que haga con una bitácora. No es posible que mi trabajo no pueda ser visto a través de resultados».

Algunas creen que las mujeres que trabajan se han acostumbrado a equilibrar los espacios de la vida, tratando de que las cosas que dependen de ellas no compitan: ni los hijos, ni el trabajo, ni los placeres que algunas se puedan dar. La distancia física con respecto al hogar que crea el trabajo remunerado permite ver con más valor el lugar de los afectos, del descanso y de lo *familiar*; la casa se ve desde otro lugar, pero ahora eso no existe. El tiempo completo de mamá y trabajadora lo definen como *tremendo y extenuante*. Una de ellas dice: «Siento que no doy la talla, me veo frustrada, cansada, sola y sobrecargada. Y esto aún que yo comparto tareas como mi pareja, pero es real que si estoy en la casa mi hijo de 3 años me busca a mí, quiere que yo le haga la comida, haga las tareas y lea un cuento, y a pesar de esto todo en la U sigue igual».

Sobre la carga diferenciada de las tareas hay que agregar otra que no siempre se reconoce y que se ha llamado *la carga mental*, esta cuestión de estar siempre alerta, tratando de acordarse de todo lo que se tiene que hacer. Este es un aprendizaje diferenciado entre las mujeres y los hombres, porque los cuidados, los deberes de la casa, la crianza y demás, ha sido asignado socialmente, y por desgracia, a las mujeres. Esto tiene historia, vinculado a la división del uso de los espacios, de lo público y lo privado y el valor de las tareas en los mismos. Este uso del tiempo se les ha enseñado a las mujeres para que sea circular, que implica esa *capacidad* de desarrollar una serie de actividades al mismo tiempo, independientemente de que estén conectadas o no. Mientras tanto, a los hombres, tradicionalmente, se les ha enseñado un uso del tiempo de forma lineal, donde solo pasa una cosa a la vez. Una de las universitarias lo explica así: «Yo sí creo que la carga no es la misma, yo tengo un compañero que no trabaja, y aunque él hace un montón de cosas, la carga mental la seguimos teniendo las mujeres. Aunque él hace cosas con nuestro hijo, hay una cosa en la

mente que no para. Yo no sé a qué atribuirlo, pero yo sí siento que estoy pendiente de los médicos, la educación del él, si hizo las tareas, de todos los detalles, de si se lavó los dientes correctamente... y en eso yo veo una diferencia con el papá que es bastante más fresco...».

A pesar de este contexto, alguna noble docente apunta: «Bueno, yo soy resiliente y siempre me adapto a todos los cambios». ¿Por qué naturalizar la resistencia y resiliencia de las mujeres cuando el fondo es una desigualdad estructural? Ella misma más adelante reflexiona que a pesar de que no ha querido bajarle el nivel al trabajo con los estudiantes, y prefiere pedirles poco, pero de calidad, algunos no entienden y le demandan más de lo necesario. Tanto como ella, no todas pueden cumplir un horario de 8 a 5, principalmente porque las jornadas laborales de docencia difícilmente ocurren en esa restricción horaria, como de igual manera las demandas familiares no esperan a que acabe la jornada laboral: «lo atiendo todo, que mi hija adolescente que le hacen falta sus amigos, las tareas de mi hijo y además aceptar que yo no sé ser maestra para niños, bueno... esto ha sido bastante fuerte. Ahora me siento bien, pero a veces creo que una es una bomba de tiempo».

Esta ha sido una bomba de todos los tiempos que no hemos logrado resolver. Es como Naomi Klein argumentaba, aunque de otro tema (El Salto 2020), al decir que la gente pide que volvamos a la normalidad, cuando la normalidad ha sido la crisis. Así ha sido el tiempo de trabajo del hogar de las mujeres, una bomba que estalla en cansancio, insomnio, dolores de espalda y baja productividad, la misma que hemos venido arrastrando para ser profesionales sin abandonar el deseo de tener una familia, hijas, perro, gato y flores en el jardín. Un sueño de pocas en comparación a la masa de mujeres trabajadoras y explotadas del país, pero un sueño caro, solo por ser mujeres y solo por estar insertas en la dinámica productiva y académica.

Vale la pena rescatar el trabajo que ha estado realizando la Unidad de Promoción de la Salud de la Universidad de Costa Rica, pues se ha dedicado a elaborar una base de datos que han llamado *Censo de algunos tópicos de salud mental para estudiantes y funcionarios*³. Si bien este es un estudio hecho con fines de salud, se ve reflejado el impacto de la crisis sanitaria. Del conglomerado hasta el momento, con un total de 713 personas funcionarias (451 mujeres, 253 hombres y 9 personas que no definen identificación de sexo), el estrés,

³ La Unidad de Promoción de la Salud ha estado socializando los datos con diferentes Unidades Académicas y otras instancias, pero ha sido de relevancia acceder al conglomerado con el que se cuenta hasta el momento sobre los funcionarios. Para esto le agradezco al M.Sc. Saúl Aguilar Morales, Jefe de dicha Unidad por su amable disposición para conversar sobre esta información y facilitar los datos, y por tan excelente iniciativa por conocer cómo has estado viviendo el contexto de la pandemia funcionarios y estudiantes de la Universidad.

consecuencia de esta situación sanitaria, está afectando a un 41% de las personas. Si este dato se compara con el 60% de la población que dice *no estar teniendo un sueño reparador*, vale la pena preguntarse si quienes responden están identificando correctamente manifestaciones de estrés o se está pasando desapercibido. Este mal de trastorno del sueño lo están viviendo un 63% de las mujeres que respondieron la encuesta, un 51% de los hombres y 77% de las otras personas.

Si bien, el tratamiento que le estoy dando a estos datos no es exhaustivo en donde se puedan comparar todas las variables, tarea que queda pendiente, quisiera rescatar dos menciones más. Una es sobre la respuesta a la pregunta de *si consideran que están logrando tener un balance entre su vida laboral, familiar y personal*; acá un 65% de la muestra responde que no; de las mujeres que dan esta misma respuesta, llega hasta en un 70%, de los hombres un 56% y un 77% de las otras personas. Todos los números son preocupantes, porque la pandemia nos sumergió en una burbuja que no se traduce a espacios de descompresión. Y esto se ve reflejado con el dato abrumador de que exista un *sentimiento de desesperanza* hasta en un 65% del total de población encuestada hasta el momento, siendo poco más alta en las mujeres que se ven sin esperanza (67%). Si bien estos datos van a tener un claro impacto en las condiciones de salud física y la Universidad tendrá que asumir las consecuencias en el momento en que se vuelva a la normalidad y reinicien las consultas médicas preseciales, el impacto emocional, aunque soslayado, hace mella.

Por todo esto no deja de ser significativo lo que una de las compañeras dijo: «Y todo en la U sigue igual», pues la exigencia que la Universidad ha demandado para adaptarse al cambio en tiempo record ha sido colosal, pero sin observar, u obviando las condiciones de desigualdad estructural a la que ella pertenece y reproduce. Si bien la Universidad no puede resolver por sí sola la injustia de la desigual distribución de las tareas en el hogar, sí puede observarlas y subsarnarlas para mejorar las condiciones de producción mientras las mujeres, y todas las personas trabajadoras, docentes, administrativas y estudiantes, permanezcan fuera del campus. Parece que la presencia en los Campus ha maquillado, lo que por años solo se reclamaba al interno de los hogares.

Referencias

Mora Mora, Alejandra. 2020 “Coronavirus, una pandemia mundial que afecta diferenciadamente a las mujeres”. OEA-CIM. Acceso el 27 de mayo 2020. <https://dialogocim.wordpress.com/2020/03/18/coronavirus-una-pandemia-mundial-que-afecta-diferenciadamente-a-las-mujeres/>



OIT (Organización Internacional del Trabajo). 2018. El trabajo de cuidados y los trabajadores de cuidados para un futuro de trabajo decente. Departamento de Condiciones de Trabajo e Igualdad. OIT: Ginebra. Edición en PDF.

El Salto. 2020 “Naomi Klein: “La gente habla sobre cuando se volverá a la normalidad, pero la normalidad era la crisis” El Salto, acceso el 25 de mayo 2020, https://www.elsaltodiario.com/coronavirus/entrevista-naomi-klein-gente-habla-volver-normalidad-crisis-doctrina-shock?fbclid=IwAR19Bdf02HTEu_gJ_vM2to_AutilZlsf27CefNELgLAIQ91hoHg7AEjd0Q4.